

EGLOGA UNDECIMA.

No hay que encarecer el canto de los pastores ni el mucho regalo que causó, mas de que cansados ya de tantos placeres con las últimas palabras de Cloris todos á volver á nuestros ranchos nos apercebimos; porque aunque el contento era grande, el lugar deleitoso, la compañía á gusto, ya el sol iba decendiendo sobre los mas altos montes, y las agudas sombras de los pinos menos apacible hacian el campo. En esto, no de otro que del soberano cielo guiado adonde todos estábamos vimos llegar al generoso Anfimedonte, padre de la celebrada Augusta, que en compañía de muchos vaqueros y mayorales de la ribera bajaba, como es de creer, á regar con piadosas lágrimas las heladas cenizas de la amada hija; y hallándonos á tal tiempo juntos, sin cesar dábamos gracias á los soberanos dioses que allí nos habian traido; y en esto gran rato ocupados, el venerable viejo, á quien todos obedecian, así nos comenzó á hablar: Venturosos pastores, clarísima generacion de las selvas, las cuales, segun muchas veces he oido, los dioses otro tiempo habitaron, y ahora no se desprecian de ello; ya doce veces la inconstante luna

de prestada luz ha llenado sus dorados cuernos, y otras tantas pobre y encogida con delgado rostro se ha mostrado sobre nuestras riberas, despues que las reliquias y sagrados huesos de mi Augusta, cual tierna azucena sin sazón cortada, en estas desnudas piedras escondimos, y en los tristes altares enlutados sacrificios señalamos: ya el curso del fatal año es cumplido, y el día, si no me engaño, está presente, el cual será siempre doloroso y triste á mi memoria; por tanto si como creo otro tiempo amastes la beldad al mundo rara, y algun religioso cuidado os toca de los que entre nosotros ya no viven, aun estais á tiempo de cumplir obligaciones tan forzosas, si es de creer que no en vano aquí los soberanos dioses nos juntaron: desde ahora comenzarán á arder por los encendidos altares las calientes entrañas de los animales sacrificados, dos gruesos toros ofrecidos vienen á las sagradas aras, uno negro á las sombras de la noche, y otro blanco á las ninfas de las aguas; de cuyas inviolables reliquias tambien participarán vuestros humildes penates y vuestros particulares dioses, si algunos teneis conocidos, ahora en las cercanas cuevas moren, ó en las hojosas majadas en guardar vuestros rebaños se ocupen, que yo en honor debido á mi cara prenda universales ofrendas pienso enviar al cielo. Y no solo esto, mas si el hado me fuere favorable, luego que el venidero día siembre su luz sobre nuestras

cabezas, honrosos premios señalaré al talle de mi caudal cortados así para los que en cantar se aventajaren como á los que en luchar, tirar la barra, correr ó saltar por estos llanos se mostraren diestros, que todo lo dá el cielo y al cielo se debe todo. Así dijo Anfimedonte, y obediéndole los presentes desde luego se comenzaron los religiosos ejercicios, unos levantando nuevos altares, otros encendiendo valientes hogueras; aquellos degollando los sagrados becerros, y estos consultando sus calientes entrañas en los venideros casos; hasta que el sol escondiéndose tras los árboles tambien dellos poco á poco fueron saliendo las confusas tinieblas; y aunque por la mucha suma de fuego se pudiese decir que aun allí la noche no hubiese llegado, á todos fue necesario dar á los trabajados cuerpos algun reposo, haciendo pequeñas chozas de verdes ramas donde escondernos del frío, como mejor cada uno se amañaba. Y acabándose el ruido y razonar de los pastores, como al descuido fue naciendo una quietud con que el profundo rio que á las espaldas teníamos despeñándose con sonoro ruido mas al agradable sueño convidaba; cuando en medio deste silencio, no léjos de la helada sepultura nueva música se oyó del pastor Liranio, que allí en compañía de Graciolo se entretenia cantando de esta manera:

LIRANIO. GRACIOLO.

LIRANIO.

Saca pastor y temple tu vihuela,
Y asida á mi rabel discantarémos:
Mira que el tiempo y nuestra vida vuela;
Y si en melancolías nos metemos,
Sino damos salida á las pasiones
Espuelas á la muerte le ponemos.
Limpia y escombra el alma de invenciones;
Que es condicion de gente destraida
Traer puesta la vida en condiciones.
¿Quien hay tan libre que si trae metida
La fantasía en ocasiones vanas,
Le falte alguna en que perder la vida?
Contempla aquellas luces soberanas
Que la preciosa estambre van hilando,
Que tú entre ciega vanidad devanas;
El cielo en ejes de oro volteando,
Y en la incierta baraja de los dias
Unos naciendo y otros acabando.
Viene el verano envuelto en alegrías,
Y muere á manos de sus tiernas flores
El triste invierno con sus canas frias.
Siembra disgustos, cogeras dolores;
Que cuando salga la cosecha llena
Bien la habrán cultivado tus sudores.
Ara en el mar y siembra en el arena,
Y en red procura de encerrar el viento
Quien pretende hallar vida sin pena.

GRACIOLO.

Si yo viese, pastor, mi entendimiento
 Escombrado de sombras contrahechas,
 Que tanto martirizan mi contento;
 Si aquestas ataduras ya deshechas
 Dejasen libre de su carga el cuello,
 En quien amor las puso tan estrechas,
 Mi bien vería descubierto en vello;
 Vería mis trabajos acabados,
 Y no colgada el alma de un cabello.
 Cantarian los montes mas callados:
 Graciolo, sus collados eterniza:
 El mundo goza ya siglos dorados.
 Y este, que todo el mundo tiraniza,
 De sí mismo corrido y afrentado
 Iría sin triunfar de mi ceniza.
 O cielos, llegue el día deseado
 Que enjugando á la orilla mi vestido,
 Seguro cuente el huracan pasado.

LIRANIO.

Antes, vaquero, se verá vestido
 El seco campo de doradas flores
 En medio del invierno desabrido,
 Que deje de sembrar amor dolores;
 Que es patrimonio suyo, y en su casa
 Los que padecen mas son los mejores.
 Oido he ya decir, que el alma abrasa;
 No sé ni veo por qué de aquella suerte
 Quieres gozar de vida tan escasa.
 ¿No te valiera mas entretener te
 En labrar tus cortijos olvidados,

Que en cultivar con lágrimas tu muerte?
 ¿Por ventura, pastor, pocos cuidados
 De su cosecha el tiempo nos envía,
 Para andar en amores ocupados?

GRACIOLO.

Mi regalo, mi bien, la gloria mia
 Nace y se cria desta dulce pena;
 Y el sol es feo á quien enfada el dia.
 Maldigo, amor, mil veces tu cadena,
 Tu bien incierto, tu engañoso trato,
 Que á no fingidas muertes nos condena.

LIRANIO.

Pastor, no llames al amor ingrato,
 Porque te cueste un gusto mil dolores,
 Si á nadie lo ha vendido mas barato;
 Así díz que se arriendan sus favores,
 Que si todo en amor fuera contento,
 A dos dias cansaran los amores.
 Alza tu rostro, limpia el pensamiento,
 Sacude el alma, corta á la medida
 De sola tu ventura el sentimiento.
 No la tendrás contino aborrecida,
 Ni gastarás en vanas pesadumbres
 Las horas robadoras de la vida;
 Ni perderás, por mucho que te encumbres,
 El seso con el bien desvanecido,
 Ni colgado andarás de sus vislumbres.
 Dale con tiempo al corazon vendido
 Algun alivio, dale algun descanso,
 Que bien basta un tormento á un afligido.

GRACIOLO.

Cielo sereno, al parecer tan manso,
 Como duro, cruel y riguroso
 A mí, que con querellas mil te canso,
 Bien sabes tú, teatro deleitoso,
 Cuantas veces la muerte he deseado
 En este solitario bosque umbroso:
 El río de mis quejas lastimado
 A veces en cristal se ha convertido,
 Y á veces de dolor se ha despeñado.
 Hacer acaso sobre un olmo un nido
 A dos tórtolas ví en esta ribera,
 Con ellas el amor entretenido;
 Y yo llorando dije: ¡O quien me diera
 Aquí la muerte, porque de mi vida
 Jamás nueva en el mundo se supiera!

LIRANIO.

Error sin fin de gente destruida
 Es el comun vivir destes que tienen
 El alma en vanidades convertida:
 A cada paso sin morir se mueren;
 Olvidan un gran hato de ganado,
 Y en ver unos cabellos se entretienen.
 Un día á Olimpo ví desesperado,
 Y otro día, pensando que era muerto,
 Ya no le conocía de trocado.
 Lleve uvas mi parral, frutas mi huerto,
 Y allá se lo haya con su amarga muerte,
 Amor, quien busca en vano tal concierto.

GRACIOLO.

Dorado cielo, si en el bien de verte

Alguno se concede al que te mira,
 Entre la luz que tu hermosura vierte;
 Si algun dios en tus sillas de oro aspira,
 A cuyo cargo esten los desdichados,
 A quien el ciego amor sus flechas tira;
 Desata destes miembros fatigados
 Una alma triste puesta por consuelo
 A los que en él están mas agraviados.
 Rayos, que haceis estremecer el cielo,
 Pues los de amor pretenden destruirme,
 Matadme, y no me mate este rezelo.
 Silvestres fieras mansas en oirme,
 Bosque espeso cansado de escucharme,
 Y vosotros, serranos, de sufrirme,
 Sino basta mi fin para llorarme,
 Muévaos á compasion el ver que muero
 Por quien tuvo en su mano el remediarme;
 Y al corazon del pecho mas sincero,
 En que el amor abrió mortal herida
 Con dardo agudo de bruñido acero,
 A lo menos le dad á su medida
 Sepulcro noble, rico y suntuoso
 A honra de la que en él está esculpida;
 Y por mas solo, y menos deleitoso,
 Sea debajo de un ciprés copado,
 Que al viento forme un silbo temeroso,
 O sea entre duros riscos quebrantado
 El rigor grave de mi adversa suerte,
 Que hoy me hace morir desesperado.
 Zelos, quien no ha gustado vuestra muerte,
 Ni el alma por los ojos ha perdido,

No es mucho que á entender mi mal no
 acierte.
 O zelo, que del mismo amor nacido
 Es tu oficio abrasar vida y contento,
 Y dejar el carbon mas encendido,
 Eres muerte y dolor del pensamiento,
 Fiero verdugo de inmortal contienda,
 Donde del bien y el mal nace el tormento.
 Llévame al fin por tan estrecha senda,
 Que das imperfeccion en el cuidado,
 Donde apenas caber puede la enmienda.

LIRANIO.

Quien no teme, pastor, ser olvidado,
 Quien no teme perder prenda divina
 Poco la estima y poco le ha costado.

GRACIOLO.

Ya, Liranio, al siniestro lado inclina
 Atlante el cielo, y sobre entrambos ejes
 Su carro de oro en la mitad camina.
 Razon es que tu canto y mi mal dejes
 En las manos del sueño, y en tu choza
 A descansar de mi dolor te alejes;
 Que si en oírte el fresco campo goza
 Una alegre y florida primavera,
 Y entre sus flores el placer retoza,
 En mí suena tu voz de otra manera,
 Que lo que suele en otros ser contento
 Con eso quiere amor que pene y muera.

LIRANIO.

Ya va en las selvas refrescando el viento:
 Calla, pastor, y en sueño sepultado

Desnuda el alma dese pensamiento.
 Aquel hogar, que veis amortiguado,
 Los pastores en torno dél dormimos,
 Todo con la ceniza fria nevado,
 No ha mucho que en sonoros estallidos
 Arderle viste con la llama al cielo,
 Mas que oro sus carbones encendidos:
 Pasóse aquella furia y vino el hielo,
 Vistió de blanco su dorada brasa;
 Así pasan las cosas deste suelo.
 De aqese fuego que tu pecho abrasa
 Tambien presto verás la llama altiva
 Deshecha en humo, y por el suelo rasa;
 Qué amor, y el tiempo todo lo derriba.